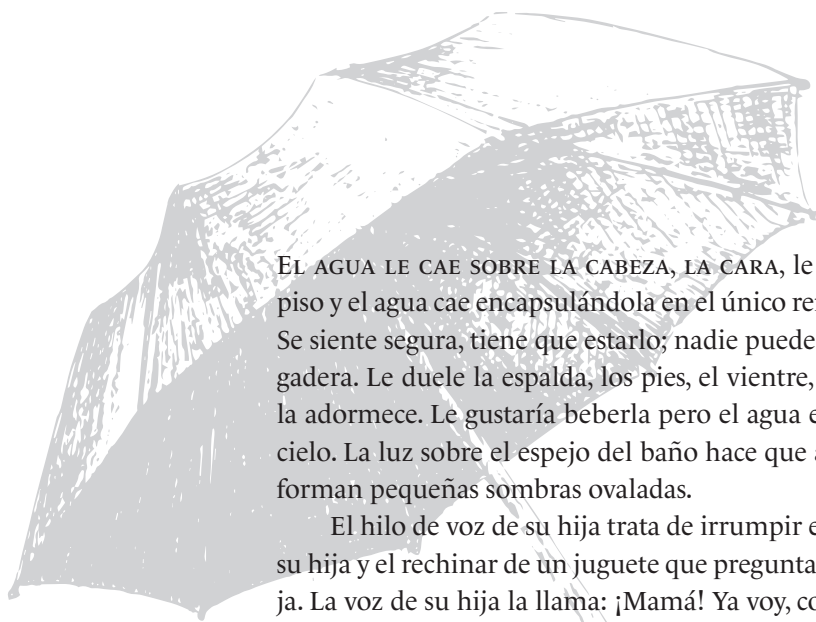


Botas verdes

Paulette Jonguitud



EL AGUA LE CAE SOBRE LA CABEZA, LA CARA, le rodea las orejas. Está sentada en el piso y el agua cae encapsulándola en el único refugio que ha encontrado en esa casa. Se siente segura, tiene que estarlo; nadie puede pedirle nada mientras está en la regadera. Le duele la espalda, los pies, el vientre, todo le duele pero el agua caliente la adormece. Le gustaría beberla pero el agua en esa ciudad está tan sucia como el cielo. La luz sobre el espejo del baño hace que algunas gotas brillen mientras otras forman pequeñas sombras ovaladas.

El hilo de voz de su hija trata de irrumpir en el sonido de la regadera, la voz de su hija y el rechinar de un juguete que pregunta si alguien quiere ir a jugar a la granja. La voz de su hija la llama: ¡Mamá! Ya voy, contesta, ya voy, como si fuera cierto.

Hay una cicatriz en su pubis, una cicatriz que quiere ocultarse entre el vello pero que no puede porque se ha hecho roja e hinchada. Parece un gusano que se deslizara sobre su cuerpo pero nunca se mueve. Los primeros días, cuando volvió del hospital, tres nudos negros señalaban el inicio, el medio y el final de la apertura y hubo que limpiarla dos veces al día con el mismo ungüento que usaba en el ombligo de su hijo. Dos supervivientes de la misma batalla. Sólo su hijo sabe de las nueve horas de trabajo de parto, de encogerse en el hospital tratando de no moverse mientras una aguja larga le perforaba la espalda, sólo él sabe del miedo y de las luces y de la voz del anesthesiólogo ordenándole que se quedara quieta a pesar del dolor, que dejara de temblar. Pero su hijo no sabe de la angustia de ser responsable por dos niños en un país que se desmembra a su alrededor. Un país que caza a sus jóvenes, que los mastica y escupe sus cuerpos de ceniza. Con frecuencia se pregunta qué pasaría si el cuerpo de cada ciudadano muerto se quedara plantado en el lugar donde cayó: esa sería una inevitable manifestación de dolor, montañas de cuerpos en las esquinas. Se siente incapaz. Hace un mes y diecisiete días la cortaron por la mitad y su hijo asomó por la salida de emergencia que ahora vigila un gusano rojizo que,

sabe, llegará a odiar. Aún no, es apenas un gusano que cuida una puerta, una huella más que la maternidad ha dejado en su cuerpo; cada deformidad es testimonio del nacimiento de ellos y de su supervivencia. Si tan sólo pudiera llevarlos a los dos dentro del cuerpo para protegerlos de este país Saturno.

En la regadera se siente segura. Nadie puede venir a quitárselos, nadie puede decir: dame eso, aliméntame, tengo frío; es su propia cueva donde llueve sólo para ella.

Lleva puestas unas botas verdes para lluvia. Cuando estaba embarazada las usaba todo el tiempo para evitar resbalarse en esa ciudad en la que llueve todo el año. Al menos eso es lo que decía, pero la verdad es que las lleva para ocultar los hongos que han convertido sus uñas en pequeños areneros donde niños diminutos podrían construir hoyos y hacer castillos. No ha podido desterrar a los hongos de su territorio porque la medicina que necesita no puede tomarse durante la lactancia: tiene que aguantar, entonces, un organismo más viviendo de su cuerpo. Éste cuerpo hace un año que no es suyo y no ha podido mudarse a otro lado.

Le pesan los pechos y los pezones le hormiguean, luego siente un dolor agudo y la leche se le derrama y se une al agua, coladera abajo. El bebé llora, sabe que la leche se desperdicia y su hermana mayor empuja la carriola hasta el baño donde, después de secarse las manos, la madre lo saca y le ofrece el pecho. El llanto cesa. Quizá la madre está por resfriarse, se siente mareada y a veces tiembla. Puede ser un resfriado, puede ser neumonía y entonces tendrían que llevarla al hospital donde podría dormir toda la noche, de corrido.

Las botas verdes le han sido útiles porque tiene los pies tan hinchados que ningún otro zapato le queda. El bebé se ha dormido y ya no huele a leche agria. Su hija está sentada en el tapete del baño armando un rompecabezas, de vez en cuando grita para recordarles que existe y que alguna vez fue ella quien comió de esos pechos. O quizá solo grita porque le gusta cómo rebota su voz en los azulejos del baño, allá porque tiene tres años y un hermano bebé, llora porque su madre no sale de la regadera. Los enormes ojos de la niña solían mirar a su madre desde la puerta del baño pero nunca le preguntó: ¿por qué estás ahí metida todo el día?

Solía sentarse a jugar en el pasillo, junto a la puerta, solía gritar jalando metros de papel de baño y ahora finalmente ha traído todos sus juguetes. Antes necesitaba la complicidad de su madre para jugar pero ahora construye torres de bloques ella sola. Está floreciendo. A veces se acerca a la nariz de la madre y repite su propio nombre hasta que pierde significado y la hace reír. A veces golpea a su madre en el estómago. A veces la muerde con el filo de los dientes. Pero puede construir las torres más altas con sus bloques de madera. Ya es una niña grande.

Los pechos de la madre cuelgan, vacíos, se derraman sobre su cuerpo como todas esas gotas de agua. Debería salirse de la regadera y está convencida de que puede hacerlo en cuanto lo decida. Sólo está tomando un largo baño. Se lo ha ganado. La abrieron por la mitad y un niño fue jalado y empujado y arrancado de su vientre y ahora debe cuidar de él, de sus dos hijos, en un país que abduce a sus jóvenes. Cuando su hija nació solía salir a caminar con ella en el parque pero no podía quitarse de encima la sensación de andar caminando por ahí con una maleta llena de billetes, casi tentando a cualquiera a que se la arrebatará. Una mujer exhausta y con un bebé le parecía una provocación. Miraba a las otras madres y se preguntaba si se sentirían tan seguras como parecía. Ahora sabe que no. ¿No puede tomar un largo baño caliente? Se puede levantar de ahí cuando quiera y puede salir a jugar como antes con esa niña que acaba de dejarle un par de manzanas sobre el tapete del baño. El bebé está de vuelta en la carriola. Podría levantarse y mirarse al espejo, mirar ese cuerpo que ha vuelto a ser suyo pero que le ha sido entregado en malas condiciones.

Se acuesta sobre su lado izquierdo y el piso blanco le da la bienvenida como una almohada bajo la sombra de las toallas; su refugio se le antoja una cueva. No va a moverse, se quedará ahí y los demás tendrán que pasar sobre ella en su ascenso a la vida cotidiana. Se convertirá en una marca en el camino. Botas Verdes.

Su hija está junto a la puerta de la regadera, desnuda y con sus propias botas de lluvia; lleva una sombrilla. Se mete en la regadera, se sienta junto a su madre y abre la sombrilla. 